

II CONCURSO LITERARIO DE NARRATIVA.

EL VIAJE - LOS DESPLAZAMIENTOS DE M^a VIRTUDES

El problema de M^a Virtudes es que no podía viajar. Lo suyo era un estatismo pasmoso, una especie de horror al movimiento, un vértigo al desplazamiento físico de los cuerpos. Se mareaba tan sólo de observar el vuelo de los pájaros.

Y sin embargo, M^a Virtudes siempre había soñado con viajar. "¿Qué quieres ser de mayor, Virtuditas?" "Yo de mayor quiero ser como Gulliver, como Tintín y con mi mochila al hombro recorreré el mundo". Sus padres se miraban entonces desconsolados porque bien sabían ellos que Virtuditas no había podido recorrer ni su barrio. Nomás su madre la acomodaba en el carrito y andaban diez metros, Virtuditas comenzaba a vomitar la papilla de galletas y frutas que había conseguido ingerir a fuerza de paciencia materna.

Pero M^a Virtudes no perdía la esperanza. Planeaba los viajes y pensaba en los diferentes tipos de equipaje según el lugar al que se dirigiría. Tenía archivados los recortes de revistas y periódicos clasificados por continentes, países, provincias... El verano era su estación favorita por la repentina profusión de información sobre el tema. y lo intentó, vaya si lo intentó, pero era llegar a la estación de tren mochila al hombro y ver uno en movimiento y M^a Virtudes salir corriendo hacia el baño. Lo mismo le ocurriría con los autobuses, los barcos, los aviones.

M^a Virtudes se resignó a su destino con aplomo. Nunca se le oyó una queja, un lamento, una maldición, una pataleta. "¿Para qué? -pensaba-, ya se me pasará".

Y como medida compensatoria, mientras se le pasaba o no, pensó que lo mejor sería trabajar en la Agencia de Viajes que acababan de abrir a la vuelta de la esquina.

Hacia tales descripciones de los lugares que los clientes solicitaban que algunos acudían a la agencia sólo para escucharla y los que compraban el viaje iban tres o cuatro veces antes de partir para que M^a Virtudes les repitiera la maravilla que iban a disfrutar. Ella les hacía prometer que a la vuelta le llevarían las fotos.

Empezaron a llegar clientes cabreador quejándose de que aquel viaje no había resultado tan delicioso como lo había pintado M^a Virtudes. Y ella comprendió que era lógico, muy lógico y muy conocido por ella: los clientes regresaban mareados como mosca que se estrella contra el cristal. Ella les había hecho vislumbrar la maravilla con sus palabras y ellos habían creído que podían llegar a ella sin más. No sabían que se habían topado de frente con el cristal de sus propias limitaciones y que sólo tenían que abrir la ventana de la imaginación. ¿Qué culpa tenía M^a Virtudes?

Entonces M^a Virtudes para calmar los ánimos, o la animosidad de los turistas le pedía las fotos, ellos, enfadados aún, se las mostraban, ella les invitaba a

comentarlas pero el relato que hacían los turistas quedaba tan aséptico, tan raquíptico que M^a Virtudes no podía añadir de su cosecha: ¿no se habían sentido romanos, aztecas, gauchos, moscovitas? A los clientes entonces les asomaba la sonrisa evocadora, afirmaban con la cabeza y la dejaban seguir.

Pero M^a Virtudes no se sentía satisfecha con el hecho de que los turistas disfrutaran de sus viajes antes y después de haberlos realizado y sólo porque ella les había ayudado a reconstruirlo. Tal vez si ella les acompañara en su viaje, ellos pudieran ver, si pudiera ella con sus palabras adornar las piedras, las pinturas, las esculturas, los edificios, los paisajes, es seguro que la experiencia resultaría bien distinta, magnífica, sublime. Como cuando se une la música a la palabra, sus palabras serían la musicalidad, la música que suple la falta de imaginación de algunos turistas. Sus palabras, compuestas de conocimiento y emoción, culminarían la experiencia estética. Sus ojos abiertos, su inocencia y su capacidad de asombro supliría la falta de todo ello en algunos turista. Pero M^a Virtudes no podía viajar y además se preguntaba si no debería cada observador encontrar en sí mismo esas cualidades. Es más, se cuestionaba si no estaría ello siendo, con su derroche, un obstáculo para la imaginación de los turistas. ¿No estaría con su exceso impidiendo el desarrollo de una imaginación menos abundante? Se convenció de que debía encontrar el justo medio, el equilibrio.

Una bandada de pájaros se interpuso en aquel momento entre M^a Virtudes y su pensamientos. Ella apartó la vista como de costumbre. Las grandes e importantes acerca de su vida las tomaba siempre asomada al balcón de su casa, mirando los tejados con antenas y las terrazas con ropa tendida de su pequeña ciudad. ¿Pero tenía ella la culpa, era ella la causante de que ellos esperaran demasiado?

Como no llegaba a resolver la duda, decidió dejar la Agencia de Viajes. Ya no podía seguir aguantando los chaparrones de los clientes confiados que parecían no entender que los límites entre realidad y ficción son difusos, e ella hablaba de aquella manera porque necesitaba soñar y las palabra son el material de los sueños: crean la realidad del que las pronuncia. Y ella quería viajar.

¿Dónde podía M^a Virtudes hallar lugar a su gran elocuencia, a su enormidad? A veces se sentía como Gulliver, su querido Gulliver en el país de los enanos, ¿se le haría la cabeza más grande, en caso de que allí habitara la imaginación? ¿Dónde habitaba la imaginación? ¿O se le haría la boca más y más grande? A M^a Virtudes le gustaba fantasear sobre estos temas pero no hallaba respuesta ni un lugar que acogiera con gusto su abundancia. ¿Dónde encontraría cabida la particular visión del mundo de M^a Virtudes?

Debido a su aburrimiento comenzó a pasearse por su pequeña ciudad y a contemplar sus pequeñas iglesias, el museo local... y todo le parecía hermoso. Pero donde encontró su filón de oro fue en el pintor local. Se ponía detrás de él a observar el paisaje, la fuente, el edificio, cualquier cosa que estuvieran pintando, y entonces empezaba a hablar sobre lo que veía. De repente el lienzo tomaba otro color, resplandecía, se llenaba de luz. El pintor, asombrado,

se dejaba llevar por las palabras de M^a Virtudes hasta que descubrió que ya ni siquiera necesitaba la observación, le bastaba con oír la voz maravillada de M^a Virtudes para que sus pinceles se deslizaran ágiles y certeros sobre el lienzo. El pintor le sugirió que escribiera en el periódico local aquella ciudad que ella veía. Y M^a Virtudes lo hizo. De repente los habitantes de la ciudad empezaron a mirarla con otros ojos. Se les veía sobre todo los domingos contemplar los edificios con verdadero asombro.

La ciudad comenzó a florecer y a ella turistas de todos los países atraídos por las hermosas descripciones que M^a Virtudes hacía en los catálogos que la Concejalía de Turismo le había encargado redactar.

Al principio ella misma hacía de guía pero el número de turistas fue creciendo y hubo que contratar a más guías que repetían a pies juntillas las descripciones de M^a Virtudes. El invento fracasó por más que M^a Virtudes intentó enseñarles el arte del arrebató, del abandono total a la experiencia estética.

Sólo ella era capaz día tras día de entregarse de aquel modo ante lo mismo, ante el mismo edificio, ante la misma fuente. Fue entonces cuando descubrió M^a Virtudes que tenía la capacidad de mirar nuevamente lo mismo siempre, de mirar cada día con ojos nuevos, descubrió que amaba soberanamente la vida. Sólo ella amaba en su sencillez y en su grandeza, en su superficialidad y en su honda gravedad, las cosas. Ella las amaba como eran. Y, milagrosamente, este amor, casi ingenuo, las hacía florecer. Algo se le abrió en el pecho a M^a Virtudes.

Una bandada de pájaros sobrevoló los tejados frente al balcón. Ella siguió, distraída, su vuelo zigzagueante: los de la cola pasaban al frente, giraban bajando y volvían a subir, alguno que otro se despistaba un rato para volver después a formar parte de aquella composición aérea que M^a Virtudes miraba asombrada e inmensamente feliz. Cuando la bandada se alejó, le asaltó una duda: ¿qué sería de la ciudad sin ella, sin su mirada que la había hecho florecer? Sería lo que soñara ser, se contestó con la alegría que le producía la certeza de que ahora podía seguir el vuelo de los pájaros.

A la mañana siguiente, muy temprano, M^a Virtudes se subió a un barco. Su viaje comenzaba en el mar.

Isabel Picazo de Fez

Rigoberta Menchu